

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, JUNIO 1º DE 1875.

{ NUM. 85.

### GULA Y TEMPLANZA.

Julianita pálida y llorosa porque se sentía bastante mala, se hallaba reclinada en un sofá, cuando entró á visitarla el médico de la familia, al que la mamá había mandado avisar con mucha premura.

—¿Qué hay de nuevo? dijo el médico al entrar, ¿hemos tenido alguna catástrofe? ¿Algun exceso segun costumbre? dijo á la madre, observando que la niña, que no podia ver al doctor, no queria contestarle.

—Yo creo que sí, dijo la mamá; desde la comida de ayer está indispuesta esta niña. Además como no quiere abstenerse de sus apetitos y coge esas rabietas.....

—Se pone peor, ¿qué duda tiene? ¿A ver el pulso, señorita?..... No quiere vd. dármele. No importa, yo lo cogeré. ¡Hola! Esto no va muy bien. ¿A ver la lengua? ¿No quiere vd. sacarla? No importa. Sin verla digo que el exceso en la comida es la causa de este mal; que la digestion se ha interrumpido por efecto de la cólera, y que es preciso guardar dieta.

—¡Oh! eso no será tan difícil, porque hace muy poco tiempo que la niña estaba diciendo que no tenia hambre.

—No, mamá, contestó la niña por llevar la con-

traria al médico, me parece que ya tengo ganas de comer.

—Vd., replicó el médico, tomará lo que yo mande en esta receta.

¡Trabajo inútil! de la receta no se hizo caso, en cuanto el médico volvió la espalda, y ni aun se guardó la dieta prevenida. Julianita, con el pretexto de que se sentía mejor, engañó á su mamá, que indulgente en demasía, la dió sopa, asado, ensalada y cuanto quiso.

El resultado era bien natural: el médico, cuando volvió, encontró á Julianita con el frio de la calentura, y en que se vió de hacer que se acostase, pues la terca niña no queria quitarse de encima de las rodillas de su mamá.

Es de advertir que la tal Julianita era una niña enteramente abandonada á sus caprichos. Una gula que nunca habia sido reprimida, con inclinacion á las golosinas y á los manjares indigestos, habia destruido su estómago. Las rabietas que cogia irritaban sus nervios, hasta el punto de temer que le diesen convulsiones. La pereza que le hacia estar-se en la cama hasta el medio dia, era la causa de su falta de robustez y no favorecia la circulacion de su sangre. En fin, era cosa de nunca acabar, si se hubiese de referir todo lo que esta niña sufría por sus

caprichos y por la inconcebible indulgencia de su madre.

Sabe Dios lo que hubiera sido de la mimada niña, sin una circunstancia feliz para ella, pues influyó en su curacion y en la enmienda de su vicio. Aprovechando unos instantes en que la dejaron sola, saltó de la cama, y aun ántes de que la medicina que habia tomado hiciese su operacion, fué en camisa y todo conforme se hallaba, á ver si en la pieza inmediata se habian dejado alguna cosa que ella pudiese comer ó esconder bajo de la almohada. Al abrir la puerta que entornada se encontraba, oyó hablar á poca distancia y vió á su papá que estaba en muy animada conversacion con el médico. Su primer pensamiento fué correr á agazaparse en la cama; pero habiéndole parecido que pronunciaban su nombre, no pudo resistir á la tentacion de escuchar.

—Me veo precisado á decirlo, exclamaba el médico, su señora de vd. mima demasiado á la niña, y ella será la causa de que se desgracie.

—¿Pues qué, mi hija está de peligro?

—Tiene una gastritis, enfermedad que se cura por lo regular, pero yo no las tengo todas conmigo. Voy á prescribir un régimen, y si se varia en un ápice si se altera la mas mínima cosa, yo no respondo.

—¡Oh! pierda vd. cuidado.

—Es que yo no estoy tranquilo mientras esté la mamá de por medio: nada puede salvar á una niña á quien se mima de esa manera, la pobrecilla sufrirá mucho y tal vez por mucho tiempo, y cuando tenga juicio para conocer las faltas de su infancia, entónces ya será tarde para repararlas: será preciso morir y despedirse de la vida, precisamente cuando ésta mas se embellece, y abandonar á sus padres en la edad en que mejor se puede apreciar su cariño. ¡Oh! esto es muy triste.

Julianita no quiso escuchar mas. Todo cuanto hasta entónces el médico habia hecho con ella, se figuraba la niña que era por capricho de atormentarla; mas al oírle hablar con tal seriedad, y al comprender que su vida estaba en peligro, sintió una extraña conmocion y se volvió llorosa á su cama, donde al instante fueron evidentes las señales de su enmienda. Sanó de su dolencia, y aunque le pareciese duro el resignarse á otro género de vida, lo cierto es que lo consiguió.

A la gula sucedió la templanza, comprendió las ventajas de la moderacion, y su salud se restableció completamente. Su entendimiento se ilustró cada vez mas; adquirió instruccion y sentimientos religiosos que nos hacen refrenar el ímpetu de las pasiones. La aficion al trabajo ahuyentó el fastidio y la pereza, la religion destruyó el egoismo, y Julianita, que hoy es jóven, es bien seguro que cuando sea madre, evitará á sus hijos las calamidades que dimanar del vicio á que ella por algun tiempo no supo resistir.

Corrigiendo á tiempo á los niños, es como se les prepara buena salud, buen carácter, y se les proporciona la felicidad que es posible gozar en este mundo.

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO V.

#### DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

#### ARTICULO III.

##### DE LAS VISITAS.

#### SECCION SEXTA.

*Del modo de conducirnos cuando hacemos visitas.*

[Concluye.]

#### XLV

Es sobremanera imprudente y vulgar el dar á los enfermos consejos que no nos piden, indicarles medicamentos, reprobando el plan curativo á que están sometidos, y hablarles desventajosamente de los facultativos que los asisten.

#### XLVI

Las manifestaciones explícitas sobre el objeto de una visita, así como las expresiones congratulatorias ó de sentimiento, no son de buen tono en las visitas de ceremonia, de duelo y de pésame, en las cuales está todo expresado por el solo acto de la visita.

#### XLVII

En una visita de ofrecimiento, nos abstendremos de manifestar nuestro objeto delante de personas extrañas, siempre que vayamos á ofrecer un servicio que indique ó pueda indicar carencia de recursos pecuniarios de parte de la persona á quien ofrecemos, ó que bajo cualquiera otro respecto nos aconseje la prudencia reservar de los demás.

#### XLVIII

En las visitas de felicitacion tan solo están admitidas las expresiones congratulatorias, cuando la visita es originada por el feliz arribo de un viaje, ó la cesacion de un conflicto.

#### XLIX

En una visita de agradecimiento tan solo manifestaremos nuestro objeto, cuando ella haya sido originada por un servicio importante ó una notable demostracion de amistad que hayamos recibido, y esto, siempre que la persona á quien visitemos no se encuentre acompañada de personas extrañas.

#### L

Un hombre de fina educacion no se deja arrastrar nunca de sus pasiones hasta el punto de desairar, ó de alguna otra manera mortificar, á aquellas personas con quienes está desacordado; pero debe aquí advertirse, que cualquiera falta de este género cometida en sociedad, es un acto altamente indigno y grosero, con el cual se ofende á las demás personas que se hallan presentes, y muy especialmente á los dueños de la casa (§ XXXIX, del cap. 1º).

#### LI

Es un acto muy oportuno y obsequioso en una visita, con tal que ésta no sea de etiqueta, el excitar á cantar ó á tocar á las personas de la casa que posean una ú otra habilidad; mas cuando se nos oponga para ello algun inconveniente, no omitamos instar por una segunda vez, pues semejante omision manifestaria que apreciábamos en poco el placer que pudiera proporcionárenos; ni en manera alguna insistamos, si aún encontramos renuencia, por ser en todos casos impertinente é indiscreta una tercera instancia. Si el inconveniente que se nos opone fuere un motivo de sentimiento que exista en la misma casa, en el vecindario, ó entre los relacionados de la familia, nos guardaremos de insistir en nuestra excitacion, y por el contrario nos excusaremos, manifestando nuestra ignorancia del accidente á que se haya hecho referencia.

#### LII

Cuando en el caso del párrafo anterior, la persona á quien excitamos á cantar ó á tocar tuviere la bondad de complacernos, y en general, siempre que una persona cualquiera cante ó toque para ser oída en el círculo donde nos encontremos, le prestaremos toda nuestra atencion, sea ó no de nuestro gusto lo que oigamos, pues es un acto sobremanera inurbano y ofensivo, desatender al que se ocupa en alguna cosa con la intencion de agradarnos, y aun de lucir sus talentos. En semejantes casos, no olvidemos las reglas contenidas en los párrafos XIV y XV del art. 5º.

#### LIII

Es de muy mal tono el pedir en una visita agua para beber. Esto apénas puede ser tolerable en los climas muy ardientes, y solo en las visitas de confianza de una larga duracion.

#### LIV

Cuando en las visitas se nos ofrezcan comidas ó bebidas, y no tengamos ningun impedimento físico para tomarlas, las aceptaremos desde luego en las casas de entera confianza, y las rehusaremos por una sola vez en las de poca confianza. En el campo, donde naturalmente se relaja un tanto la etiqueta, no las rehusaremos sino cuando no tengamos ninguna confianza en la casa, aunque nunca por mas de una vez, pues una segunda excusa desautoriza completamente al que ofrece un obsequio para insistir de nuevo, y ella está por lo tanto reservada para los casos en que la aceptacion es imposible.

#### LV

Cuando en las horas de la noche se encuentre un caballero de visita en una casa, y se despidiere una señora de su amistad que no esté acompañada de otro caballero, le ofrecerá desde luego su compañía, la cual será aceptada sin oposicion alguna, siempre que sean personas que se traten con plena confianza. Si no existiere esta confianza, la señora rehusará el obsequio por una vez; y sea cual fuere el grado de amistad que medie, cuando la señora lo

rehuse por dos veces, el caballero se abstendrá de acompañarla.

#### LVI

Si el caballero que se encuentra de visita no tuviere amistad con la señora que se despide, no le ofrecerá su compañía; á ménos que exista en el tránsito algun peligro, ó que, teniendo con él entera confianza la señora de la casa, creyere ésta lícito y oportuno excitarle á acompañarla. En cualquiera de estos casos la señora que recibe el obsequio dará las gracias al caballero en la puerta de su casa y le brindará entrada; mas él no deberá aceptar semejante ofrecimiento, ni considerarse, por este solo hecho, autorizado para visitar la casa en otra ocasion.

#### LVII

Cuando vayamos á una casa en compañía de otras personas, tengamos presente que toca siempre al superior y no al inferior, y á la señora y no al caballero, poner término á la visita.

#### LVIII

Luego que haya trascurrido el tiempo que debemos emplear en una visita, procuremos aprovechar, para retirarnos, el momento en que éntre alguna persona, ó en que se retire otra de mayor respetabilidad que nosotros, á fin de evitar que los circunstantes se pongan de pié tan solo por nuestra despedida.

#### LIX

Cuando la reunion en que nos encontremos sea poca numerosa, y éntre una persona con la cual estemos desacordados, guardémonos de retirarnos en el acto, aunque haya llegado ya el tiempo en que naturalmente debiéramos hacerlo.

#### LX

Una vez puestos de pié para terminar nuestra visita, despedámonos especialmente de los dueños de la casa, hagamos una cortesía á los demás circunstantes, y retirémonos en seguida, sin entrar ya en ninguna especie de conversacion.

#### LXI

Siempre que al despedirse un caballero no pueda acercarse á la señora de la casa sin penetrar por entre muchas personas, se limitará á dirigirle sus expresiones de despedida desde el punto mas cercano al círculo, cuidando entónces de emplear las ménos palabras posibles. La misma regla deberá aplicar un caballero á su entrada en una sala de recibo; ménos en la casa que visite por primera vez despues de una larga ausencia, donde le es lícito penetrar hasta el lugar en que se encuentre la señora.

#### LXII

Al acto de retirarnos de una reunion muy numerosa, llamemos lo ménos posible la atencion de los circunstantes. Así, cuando la tertulia esté dividida en diferentes círculos, nos dirigiremos únicamente á aquel en que se encuentre la señora ó el señor de la casa. En este punto deben apreciarse debidamente las circunstancias, sin otro norte que la prudencia y el ejemplo de las personas cultas; en la inteligencia de que, si una señora no puede retirarse de una casa sin despedirse por lo ménos de la señora, á un caballero le es lícito, cuando no cree oportuno y delicado llamar la atencion de ningun de los círculos en que se encuentren los dueños de la casa, retirarse silenciosamente y sin despedirse de nadie.

#### LXIII

Cuando al despedirse un caballero de otro á quien ha hecho visita, no se encontrare presente ninguna persona que no sea de la casa, el visitante no manifestará oposicion alguna á que el visitado le acompañe hasta la puerta de la sala: allí volverá á despedirse; mas si el visitado pretendiere seguir con él hasta el porton, ó hasta la escalera estando en un piso alto, rehusará por una vez admitir este nuevo obsequio, si el visitado fuere una persona para él muy respetable.

## LXIV

Si en el caso del párrafo anterior, el visitante fuere un sugeto de elevado carácter, no rehusará ni por una sola vez ser acompañado hasta el porton ó hasta la escalera.

## LXV

Una señora no rehusará en ningun caso, ni por una sola vez, que se la acompañe hasta el porton ó hasta la escalera.

## LXVI

Cuando al retirarnos de una visita de etiqueta quede en la sala un pequeño número de personas, y no seamos acompañados por ninguna de las de la casa, al llegar á la puerta nos volveremos hácia adentro y haremos una cortesía, la cual deberá sernos correspondida con otra cortesía. Y siempre que seamos acompañados hasta la puerta de la sala, al llegar al porton ó á la escalera haremos una cortesía á la persona que nos haya acompañado; haciendo lo mismo desde la puerta de la calle, cuando se nos haya acompañado hasta el porton.

## La cerceta y el conejo.

[FABULA.]

Unido desde muy jóven  
Por la amistad mas estrecha  
Vivia un blanco conejo  
Con una hermosa cerceta.  
Siempre juntos y dichosos,  
En las orillas amenas  
De un lago, se recreaban  
Refiriéndose sus penas.  
¡Penas! Mal dije, que en torno  
De su vida plancentera  
Todo era paz y contento,  
Todo alegrías y fiestas.  
Sus gustos eran comunes,  
Comunes la cama y mesa,  
Y un porvenir divisaban  
De esperanzas halagüeñas.  
Mas ¡ay! que el pobre conejo  
Se acercó al lago una siesta,  
Y en vano buscó solícito  
A su dulce compañera.  
Desesperado la llama,  
Repite el eco sus quejas;  
Pero por mas que registra,  
No puede encontrar sus huellas.  
Vá, viene, corre, se pára,  
Entra en el bosque y husmea,  
Urgando con piés y manos  
Matorrales y maleza.  
Empeño inútil! Conoce  
Que una desgracia funesta  
Le ha privado de su amiga,  
Y agacha al fin las orejas.  
Despues, al ver que la noche  
Su negro manto despliega,  
Hácia una quinta cercana  
El triste paso endereza.  
Entra en el patio, al estanque  
Se arrima..... ¡Feliz sorpresa!  
En él se bañan alegres  
Aves pintadas y bellas,  
Y allí tambien el conejo  
A su cercetilla encuentra.

Verla, abrir un agujero  
Hasta la salida opuesta  
Del patio, arrastrar consigo  
A su amiga con presteza,  
Otra fué de poco apuro  
Para el raptor calavera,  
Que orgulloso como Páris,  
Se fué al bosque con su Elena.  
Adios pesar, adios llanto;  
Al tormento de la ausencia  
Sucedieron los placeres,  
Y el júbilo á la tristeza.  
¿Qué hizo el dueño de la quinta  
Cuando descubrió la brecha  
En el patio? Una batida  
Contra la familia entera

De los conejos dispuso;  
Y en escondites y sendas  
Víctimas dejó sin cuento  
Su bien montada escopeta.  
El conejo agazapado  
Aguardaba muerte cierta;  
Mas la cerceta le dijo:  
Yo te salvaré, no temas.  
Y echando al lago un gran nido  
De gansos, con hojas secas  
Tapó sus huecos, y en bote  
Lo trasformó sábia y diestra.  
El conejo tomó asiento  
Sobre sus patas traseras,  
Y la cerceta nadando  
Llevó la barca ligera,  
Sirviendo un junco de cable,  
A una solitaria isleta,  
Que de aquel lago en el centro  
Se elevaba pintoresca.  
Allí vivieron tranquilos,  
Dando ejemplo de firmeza  
A los que al ver á un amigo  
En desgracia, le desprecian.

## LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

LUIS XIV.

En la calle de San Honorato de Paris, y no léjos de la plaza del Mercado, habia una especie de casuca compuesta exclusivamente de una habitacion que servia á la vez de sala, alcoba, cocina y almacen de carbon.

A pesar de la miseria de las gentes que allí vivian, se notaba cierto órden y mucha limpieza. Habia dos camitas con sus colgaduras á la derecha, y tambien una cuna de mimbres; á la izquierda las seras de carbon puestas en fila; en el fondo una alta chimenea, la puerta enfrente y una gran mesa en medio. Allí vivia el carbonero Santiago y su familia, compuesta de su mujer y dos niños, uno de diez años y otro de ocho, y además una linda niña que empezaba á soltarse á andar.

En la noche del 28 de Julio de 1648, la familia del carbonero, sentada alrededor de la mesa y alumbrada por una vela de sebo, esperaba con impaciencia que volviese el amo de casa para cenar. Carlitos, el mayor de los niños, iba alternativamente desde la mesa á la puerta, que estaba entreabierta á causa del calor, y á cada viaje decia, meneando la cabeza y mirando un plato cubierto que habia sobre la mesa:

—Papá no viene y la cena se enfria.

—¿Hermano, vamos á buscarle? dijo el mas pequeño llamado Blondel.

—No quiero, contestó la madre, que mecia á la pequeña, porque os vais á perder.

—¿No le parece á vd., mamá, que padre tarda esta noche mas que ninguna?

—Vuestro padre ha ido á llevar carbon al Louvre, y como hoy es Santa Ana y los dias de la reina, hay allí mucha funcion..... baile, concierto, ¡qué sé yo cuántas cosas!..... Puede muy bien que se haya detenido un poco para verlo todo.

Oyóse á este tiempo la voz del carbonero que gritaba desde afuera:

—Mujer, enciende bien la lumbre..... pronto! y al mismo tiempo un hombre alto, seco y ennegrecido, entró en el aposento, trayendo en los brazos un niño que no daba señales de vida.

Los vestidos de aquel niño estaban bordados de oro, y la riqueza de todo su traje contrastaba con los desgarrones de las mangas y de los vuelos y con los agujeros de las medias. Además, estaba chorreando agua por todas partes.

—¡Dios de mi vida! exclamó la mujer del carbonero, soltando la niña en la cuna para apresurarse á encender la lumbre. ¿Qué es lo que te ha sucedido? ¿Qué niño viene á ser este?

—Ya te lo contaré despues. Ahora calienta bien una manta, la que está en la cama de los niños, que es la mejor. ¡Pobre criatura, está pasadita de frio!

—¿Qué niño tan guapo! decia la mujer mientras

que le desnudaban. Cárlos, tráeme tus vestidos del dia de fiesta, porque este pobre niño no puede tener puestos los suyos, y es preciso secárselos.

—Aquí están, madre mia, contestó el muchacho presentando sus vestidos y mirando con grande sorpresa los que quitaban al niño desconocido.

El calor reanimó al niño: abrió los ojos, y mirando atentamente, ya al carbonero, ya á su mujer, ya á los niños, y paseando la vista por aquel aposento tan miserable, exclamó al fin:

—¿Pero dónde estoy yo?

—Estás en mi casa, amiguito, respondió el carbonero.

—¡Amiguito! replicó el niño con tono de desden.

—¿Te enfadas?..... Tanto peor para tí: no hay que echarla de orgulloso, pues si no hubiera sido por mi auxilio..... ¡Cáspita!

—Pero estos vestidos no son míos, continuó el niño, y sin duda me habeis robado los míos.

—¿Qué es eso de robado? interrumpió colérico el carbonero. ¡Te aseguro, muñeco, que como fueses de mi estatura!

—No te alteres, hombre, exclamó la carbonera, este chiquito está todavía aturdido con su caída....

Cuéntanos lo que te ha sucedido, y así verá que somos pobres, pero honrados.

Los dos niños se acercaron á su padre para oír mejor, sin dejar de mirar de reojo al desconocido, cuyo aspecto era mas imponente y mas grave de lo que pudiera prometer un niño de diez años.

—Has de saber, mujer, dijo el carbonero, que conforme volvia de llevar el carbon á las cocinas del palacio real, que por cierto y verdad que el jefe me dijo: muy bueno es tu carbon, Santiago; pues conforme venia, entré en el jardin para ver algo de la fiesta y no parecia sino que habia fuego en el palacio, tal era el resplandor que salia por las vidrieras. Allí era el ver pasar por detrás de los cristales señoras y mas señoras, caballeros y mas caballeros, con plumas y con brillantes, y con todo cuanto se queria. Yo hubiera querido ver pasar á la reina; pero ¡bah! esto era imposible.

—¿Y por qué, papá? preguntó Cárlos y Blondel que escuchaban con la boca abierta cuanto decia su padre.

—En primer lugar, por que yo no la habia visto otra vez para conocerla; pero esto era lo de ménos. Como ella hubiera pasado ya la hubiera conocido, pues una reina siempre tiene algo en que se distingue de las demás mujeres.

—Pero acaba de contar lo sucedido á este niño, dijo la mujer del carbonero.

—¡Ah! sí: tienes razon; pues como iba diciendo, oigo de repente detrás de mí..... ¡plouf! vuelvo la cabeza y veo á este caballero que estaba chapuzándose en el fondo del estanque. ¡Caramba! no anduve yo entónces diciendo á la una ni á las dos, sino que de un brinco me encajé en el estanque, cogí al muchacho y he tenido que traerle á casa, porque el centinela de la puerta del palacio no me ha querido dejar que entrase el niño á la cocina, donde habia buena lumbre y donde se hubiera secado al instante.

—¡Pobre madre! exclamó la mujer del carbonero que inquietud debe tener á estas horas. Señorito, díganos vd. dónde vive su mamá, para que vaya mi marido corriendo á tranquilizarla.

—Es vd. muy buena, contestó el niño con el tono de la mas exquisita cortesía; pero no hay prisa ninguna.

—Pero á la hora que es, andarán buscándole á vd.

—Tanto mejor.

—Pero la buena mamá estará desconsolada.

—¡Mucho me alegraría!

—Parece que vd. se burla. ¡Ah! los niños nunca hacen justicia á sus madres; ni aun conocen el cariño que les tienen.

—Nosotros sí lo conocemos, exclamaron Cárlos y Blondel, corriendo á abrazar á su madre.

El niño no respondió; pero dos gruesas lágrimas se desprendian de sus hermosos ojos negros.

—Pobres hijitos míos, decia la madre cubriéndolos de besos, me amais mucho, ¿no es verdad?

—Tanto, que no la cambiariamos á vd. por la reina de Francia, dijo Cárlos.

—Ni aun por todo el reino con Paris y todo, dijo Blondel.

—Y á mí, nadie me abraza, dijo el carbonero, ¿nadie me ama?

Los niños dejaron á su madre, para ir á colgarse del cuello del carbonero, diciendo:

—Sí, le queremos á vd. mucho, papá, tanto como á mamá.

Un sollozo les hizo volver la cabeza, y vieron que el niño desconocido, estaba deshaciéndose á llorar.

—Por qué lloras, hijo mio, le dijo ya familiarmente la carbonera, estrechándole contra su pecho. ¿Pues qué, no tienes padre?

—Le he perdido, señora, dijo el niño, enjugándose los ojos.

—¿Pero te quedará una buena madre?

El niño meneó tristemente la cabeza.

—Una buena madre que sin duda te cuidará mucho.

—Mi madre tiene otras cosas que hacer mas que el cuidarme á mí.

—¿Otras cosas! exclamó la carbonera, ¿y qué otras cosas puede hacer tu madre, mas que el tener cuidado de sus hijos?

—Mi madre, por su posicion tiene otros cuidados, y para que cuiden de mí, tiene sus criados.

—Por eso se ha caido vd. en el agua, replicó el carbonero con tono brusco, y á fé que si yo no me hubiera encontrado allí, puede que en el agua estuviese vd. todavía. Mis hijos podrán caer, porque esto es cosa que sucede, pero es seguro que no andarán muy léjos su padre y su madre para socorrerlos. Pero dejemos esto y vamos á cenar.

Toda la familia tomó asiento alrededor de la mesa, y la madre puso delante de cada uno una cazuela y una cuchara de madera; despues, destapando el plato, les sirvió habas cocidas, miéntras el padre partía grandes pedazos de pan moreno, pero nutritivo.

—Y qué, ¿no quieres cenar? dijo el carbonero al niño desconocido: éste se sentó á la mesa, pero no tocó á las habas ni al pan.

—Papá, dijeron los niños, cuéntenos vd. lo que ha visto en la fiesta.

—¡Oh! ¡aquello era una cosa magnífica!

—¡Dios mio, qué felices son los reyes! exclamó Blondel.

—Y sus hijos tambien, dijo Carlos, porque á lo ménos los enseñan á leer.

—¿Pues qué, tú no sabes leer? preguntó el niño desconocido.

—¡Ah! no, contestó tristemente Carlos; eso cuesta veinte sueldos al mes, y mis padres no ganan para tanto gasto.

Sin perder su gravedad, se levantó el niño, fué á buscar su casaca que estaba secándose delante de la lumbre, sacó un bolsillo lleno de monedas de oro, y tomando una se la dió al mayor de los dos niños, diciendo:

—Toma, ahí tienes para veinte meses, despues yo te daré mas.

—¡Carlos! gritó el carbonero viendo á su hijo que cogía la moneda, la que soltó en cuanto oyó la voz de su padre, diciendo:

—Yo no puedo tomar eso.

—¿Por qué?

—Porque no lo he ganado y no recibo limosna.

—¿Pues qué, esto es una limosna? Tú no tienes dinero, pero yo le tengo y te le doy. Lo mismo harías tú en mi lugar.

—Yo lo creo que sí.

—Pues entónces no lo rehuses. Así como así tu padre acaba de hacerme un favor que nunca le podré pagar.

—¿Pues qué, un favor se paga? dijo el carbonero.

—Siempre me han dicho que sí.

—Coja vd. su dinero, señorito, y no porque yo le desprecie, y mas siendo para que aprenda á leer mi Carlos, que no desea otra cosa; pero es vd. muy niño para disponer de una suma tan considerable.

—Bien se conoce que no sabe vd. quién soy.

—No lo sabemos; pero creo que ya es tiempo de que vd. lo diga, para ir á tranquilizar á su pobre madre.

—Mi madre..... Me quiere tanto, como vdes. á sus hijos; pero no puede ocuparse de mí. Su posicion no la permite besarme y abrazarme cuando quiere, añadió el niño dando un suspiro.

—¡Ah! vd. la ofende, dijo la carbonera.

—No se parece á nuestra madre, exclamó Carlos.

—¡Pero es mas bonita! replicó el niño algo picado.

—Pero la nuestra es mejor, replicó Carlos.

—Pero la mia me dá bonitos vestidos, y dinero cuanto quiero, replicó el otro niño, como humillado de la comparacion.

—Pero la nuestra nos dá cuantos besos queremos, dijo Blondel, encarnado de cólera.

—Y la mia me dá criados para que me sirvan.

—Y la nuestra nos sirve ella misma, dijo Carlos.

—Lo que es mucho mejor, añadió Blondel.

—¡Hijos de mi vida! exclamó la carbonera á la que esta disputa divertía tanto como á su marido; Dios os ha dado á cada uno lo que le conviene. Venid á darme un abrazo, ántes de que os vayais á acostar.

En aquel instante se sintió gran ruido en la calle, y algunos coches pararon delante de la miserable casa del carbonero. Despues llamaron diciendo:

—¿No es aquí donde vive el carbonero Santiago?

—¡Dios mio, es la voz de mi preceptor! exclamó el niño desconocido, escondiéndose debajo de la mesa y haciendo seña de que no le descubriesen, al tiempo que el carbonero y su mujer iban á abrir.

En un instante se llenó el cuarto de señores, de criados y de pueblo.

Un hombre notable por su traje de cardenal, y por su rostro severo terminado por un solideo rojo, se adelantó á todos los demás, dirigió sus miradas investigadoras á todos los rincones, y volviéndose hácia un soldado, que se mantenía respetuosamente á cierta distancia, le dijo:

—Repite tu declaracion.

El soldado entónces, encarándose con el carbonero, le dijo:

—Esta noche á las ocho, cuando yo estaba de centinela á la entrada del vestibulo de palacio, me pediste permiso para que te dejase entrar á la cocina con un niño que acababas de sacar del estanque. ¿Dónde está ese niño?

—Aquí, contestó el niño desconocido, presentándose de improviso en medio de todos.

—Señor, hace ya dos horas que toda la corte anda buscando á V. M.

—¡A V. M! repitieron el carbonero y su mujer llenos de asombro.

—Nada me importa, señor cardenal, respondió el niño con arrogancia.

—Pero vuestra madre se halla en una inquietud horrible.

—¿Su madre!... ¿pues qué, no ha venido con vdes? preguntó ingenuamente la carbonera.

—Cállate, mujer, exclamó su marido.

—Siento mucho la inquietud de mi madre, señor cardenal.

—V. M. vá á venirse al instante con nosotros.

—Si lo tengo á bien, señor cardenal.

—Pero es preciso: vuestra madre os espera con la mayor impaciencia.

—Quiero ántes dar las gracias á estas buenas gentes, por lo bien que me han socorrido, aun sin saber quien yo era.

—Ya se les dará dinero con abundancia. Lo que ahora importa es que V. M. venga pronto.

—Acabo de saber, señor cardenal, que el dinero no recompensa un favor..... Amigo mio, añadió volviéndose hácia el carbonero; yo Luis XIV de Francia, te doy las gracias por el beneficio que me has hecho: yo me encargo de la educacion de tus dos hijos y del dote de tu hija.

Al mismo tiempo alargó su mano para que se la besasen; pero como el carbonero y toda su familia permanecían inmóviles, llenos de estupor, el rey con la mas afectuosa bondad, se acercó al carbonero, estrechó con sus delicadas manos las negras y callosas de aquel hombre, abrazó á la carbonera y á sus dos hijos, diciendo á estos, «hagamos las amistades,» y volviéndose despues hácia la comitiva dijo:

—Marchemos, señores.

—¿Con ese traje? dijo el cardenal, mirando con desprecio los usados y groseros vestidos que cubrían al rey.

—Con este traje, respondió el niño con orgullo.

—Pensad, señor, que la reina se halla rodeada de toda su córte.... que todos están vestidos de gala.

—¡Ah! señor, exclamó la mujer del carbonero, no os detengais á mudar vestidos, porque vuestra madre os espera.

—¿Lo ois, señor cardenal?

—Es una pobre mujer la que os habla.

—Pero es una madre, replicó el niño pasando majestuosamente por entre todos aquellos cortesanos que le abrieron calle con el mayor rēspeto. Volvióse de improviso hácia Carlos, que le estaba mirando con la boca abierta y le dijo sonriendo:

—Carlos, mañana iras tú..... tú mismo, ¿lo oyes? á llevarme mis vestidos.

—Señor, os olvidais de vuestro bolsillo, dijo el carbonero, corriendo en pos del rey.

—Nada se me olvida, amigo mio, contestó el niño subiendo ya en su carruaje.

## Los dos jardineros.

(FABULA.)

Tocóles por herencia á dos hermanos  
Un jardin muy ameno,  
Y cada cual su parte cultivaba  
Con diferente esmero.  
El mayor de los dos, (Juan se llamaba),  
Mozo de gran talento,  
Gran charlatan, y de doctor preciado,  
Pasaba el dia entero  
En consultar del año el almanaque,  
En observar los vientos  
Y el órden de las sábias estaciones.  
Quería con empeño  
Investigar la gran naturaleza  
Con todos sus misterios;  
Y entre tanto que el fátuo miserable  
Así perdía el tiempo,  
Sus verdes espinacas y lechugas,  
Por la falta del riego  
Quedaron abrasadas; sus higueras  
Al cabo se perdieron;  
De modo que el cuidado al fin del año  
Se encontró sin remedio,  
Perdidas sus verduras y frutales,  
Su bolsa sin dinero,  
Y atendido al socorro de su hermano.  
Este, siempre mas cuerdo,  
Levantábase al alba, y muy alegre  
Cavaba con esmero  
Y regaba su rico patrimonio,  
Sin malgastar el tiempo  
En penetrar inútiles arcanos;  
Con cuyo sábio medio  
Le sobraba el caudal y la alegría.

Admirado en extremo  
El señor Juan, le dijo: ¿en qué consiste  
Que, igual siendo el terreno,  
Hayas cogido tú tanta verdura  
En tu pequeño huerto,  
Tanta y tan rica fruta y tantas flores,  
Cuando el mio está seco?  
—Hombre, le respondió, muy poco tiene  
Que entender el misterio;  
Miéntras tú discurrías, yo cavaba,  
Miéntras tú, majadero,  
El calendario todo revolvías,  
Yo con mucho desvelo  
Regaba mi hortaliza y mis frutales.  
Alegre y satisfecho  
Con tan pequeña ciencia, no aspiraba  
A saber mas que aquello  
Que debe asegurar mi subsistencia.  
Hermano Juan, ya veo  
Que sin saber leer, soy el mas sábio  
De los dos. Así hay necios  
Que por saber tal vez lo que no importa,  
Olvidan lo que sirve de provecho.